

expresamente de Cola (Tanyora) atravesando el mar. Este reinó cuarenta y cuatro años sobre la isla y, según la Crónica, fué muy justo, pero también le mató, si bien en desafío, un descendiente de los reyes indígenas. Este desafío decidió una batalla que, según la Crónica, se dió entre el descendiente de los reyes indígenas, llamado Abhaya-Dushtagamani, y Elara, ciento cuarenta y seis años después de la subida al trono y conversión de Devanampriya-Tishya; es decir, ciento sesenta y un años antes de nuestra Era, no contando el reinado de los reyes tamules.

No hay que decir que este libertador de su patria aparece en la leyenda ensalzado y glorificado.

Los reyes tamules dominaron entonces al Norte de Ceilán hasta el Ganges, y contra ellos reunió Cacavarna un ejército, pero no quiso tomar la ofensiva, como su hijo Dushtagamani le aconsejaba. Dushtagamani por lo mismo llamó cobarde á su padre, el cual entonces mandó ponerle preso; pero el hijo pudo evadirse y se refugió en las montañas de Malaya, y habiendo muerto poco después el padre, regresó y sometió á su hermano menor, al cual envió á Dirghvapi para que se dedicara al cultivo del campo, mientras él emprendía la lucha contra el dominio extranjero. Con una reliquia de Budha en el cetro marchó á la cabeza de su ejército, dirigiéndose primero al convento de Tishya, donde pidió quinientos monjes, que se le facilitaron. Con este refuerzo marchó hasta el río fronterizo, donde cerca de Amba se le presentó un ejército enemigo. Entonces, valiéndose de una astucia, hizo prisionero al jefe principal de aquel ejército, y por medio de regalos se atrajo la voluntad de los demás jefes enemigos. El resto de la fuerza contraria se refugió en una fortaleza llamada Viyita, que fué tomada por asalto. Después el vencedor tomó otra fortaleza llamada Mahela, con la cual tuvo abierto delante de sí el camino de Anuradhapura, la capital enemiga, al pie de cuyo muro se libró la batalla mencionada al principio, que acabó con el combate singular en el cual sucumbió Elara, que fué sepultado con los honores reales. Además el vencedor edificó una *caitya* en honor del difunto y valiente enemigo. Sin embargo, Dushtagamani no pudo disfrutar en paz de su victoria, porque Bhalluca, sobrino de Elara, llamado por éste, habiendo reunido

un ejército de 60.000 hombres, desembarcó en la isla cerca de Mahatirtha, y de allí marchó contra la capital, donde fué derrotado y pereció en la pelea. Entonces quedó cumplida la obra libertadora de Dushtagamani, que recuperó el trono de sus mayores y concedió al budhismo la libertad y los honores de antes.

Los venerables del budhismo consolaron al rey, acallando sus escrúpulos por la mucha sangre que había derramado y por otros errores que había cometido. Las leyendas le pintan como un rey semejante á Asoca, pues cuidó solícitamente del bienestar de sus súbditos, protegió y fomentó la agricultura, construyó enfermerías, proveyéndolas de todo lo necesario, y se mostró particularmente afecto á la religión y al clero, colmándolos de liberalidades, como lo atestiguan los monumentos que construyó. Entre éstos describe la leyenda un palacio de nueve pisos cubierto de metal, con cien celdas en cada piso y además una sala de trono, cuyo edificio una vez concluido fué entregado á los monjes con todas las solemnidades y fiestas brillantes propias del país.

Después emprendió el rey la construcción del llamado *tope magno*, cerca de su capital, para cuya obra el mismo dios Indra proporcionó el arquitecto Visvakarman y los materiales.

La obra fué, según la leyenda, la delicia de los dioses. Colocada la primera piedra con toda solemnidad y erigidos los primeros machones de la obra, fueron invitados los budhistas venerables de toda la India y de todo el mundo, y llegaron innumerables invitados, acompañados muchos de ellos de miles de millares de monjes. En esta marea de fábulas y de maravillas sólo pueden ofrecer algún interés ciertos nombres que, por lo menos, pueden indicar que existían desde muy antiguo relaciones con países muy lejanos. Hasta la adquisición de reliquias para el santuario fué, como puede pensarse, tanto ó más milagrosa que el resto.

Dushtagamani murió antes de quedar concluida su última obra, á los veinticuatro años de reinado. Su hijo y sucesor Sraddhatishya concluyó el edificio, cuyas ruinas, llamadas hoy Ruanvelli, patentizan todavía la magnificencia de la obra y la importancia del culto budhista. También restauró el hijo el palacio de nueve pisos, que se había derrumbado. Volvieron á invadir la isla los tamules, que se apoderaron

del trono y de la persona del rey, pero esto no ofrece ningún interés particular á causa de la repetición de estos hechos en la historia de Ceilán.

Vartagamani, el hijo de un caudillo de la isla, que se había apoderado del trono y que después de muchos años de fugitivo lo había recuperado, construyó, en cumplimiento de un voto, un convento budhista. Originóse una contienda entre los monjes de este convento y el gran maestre de la orden, en cuya contienda tomaron también parte monjes de otros conventos, y se fundaron entonces dos grandes partidos. Esto tuvo por consecuencia un concilio del clero de Ceilán, en el cual se fijó y escribió la tradición, hasta entonces verbal; porque los monjes, se dice, comprendieron que todo era percedero y la necesidad de salvar de la perdición sus estatutos sagrados. Pero esto, que sucedió en el reinado de Vartagamani, que cae entre los años 87 y 76, pertenece á la historia de la iglesia budhista y á su literatura.

Vartagamani reinó doce años y le sucedió su hijo Mahacula-Mahatishya, y después el hermano de éste, que animado de otros sentimientos, recorrió durante doce años el país y destruyó 18 conventos, que su hermano había construido, muriendo por fin envenenado, lo mismo que su hijo Tishya, por su esposa Anula. Con esto volvieron á reinar las pasiones más viles y los crímenes más repugnantes en la corte de Ceilán, llegando á ocupar el trono gente de la clase más baja, citándose entre los reyes un carpintero tamul y un leñador, que precedieron á un brahmán.

Otro hijo de Mahatishya, llamado Calacantishya, expulsó á su inicua cuñada, restableció el orden y el dominio de la ley, y de él refiere la tradición sólo actos de un buen gobernante, como el fomento de la agricultura, la construcción de canales y de monasterios y plantaciones de árboles del conocimiento. Reinó veintidós años y le sucedió por el año 20 su hijo Bhratrikabha, ensalzado también por los cronistas por su piedad y su liberalidad. A él se le atribuyen la restauración del palacio de los nueve pisos, el embellecimiento de la *stupa magna*, la institución de una fiesta anual para el riego del bodhi y abundantes regalos á los monjes de su convento del monte Cetiya. Lo mismo hizo su hermano menor Mahadanshtrica-Mahanaga, que le sucedió al cabo de veintiocho años de reinado,

siendo particularmente célebre el magnífico santuario que erigió en la cumbre de Misaca llamada Ambasthala y que inauguró con una brillante fiesta y una amnistía general. Reinó doce años, sucediéndole su hijo, que también tomó por ejemplo al gran rey Asoca, inculcando en toda la isla con mucho rigor la prohibición de matar á ningún ser vivo, recomendando en cambio para alimento los frutos, y la consiguiente plantación de árboles y arbustos, lo que le valió el sobrenombre de Amanda.

Reinó este soberano nueve años, aproximadamente hasta el año 30, en cuya época su hermano mayor lo mató y ocupó su puesto. Con este asesinato comenzó un nuevo período de desórdenes y muertes violentas que duró treinta y seis años; pero las relaciones, sobre todo las más antiguas, tan difusas en la descripción de construcciones de conventos y de santuarios, de fiestas y solemnidades religiosas, dicen poco ó nada de las causas de tantos cambios y asesinatos de gobernantes. Puede admitirse que el clero tuvo muchas veces parte en los sucesos, y de esto algo se desprende de las noticias, según las cuales el sacerdocio se encontró perjudicado en su poder y se apartó de algún rey, protegiendo y apoyando al mismo tiempo á usurpadores. Así sucedió con Vrishabha, que por el año 66 de nuestra era subió al trono, siendo de extracción baja, y tuvo un brillante reinado, conforme se lo había anunciado una profecía.

Dejemos ahora el Sur y Ceilán y dirijamos la vista al Norte al territorio de los Pandya y Cola, del cual ya hemos dicho algo antes, y donde reinaba también el budhismo. Estas poblaciones habían inmigrado en tiempo remoto, viniendo del Norte á estos territorios, donde habían fundado ciudades y roturado las tierras. Maravillosas son las leyendas y, como puede suponerse, escasos los datos históricos que tenemos de aquellos pueblos. Del santo llamado Agastya dice la leyenda que instituyó al primer rey pandya y edificó ó reedificó, después del diluvio, la ciudad de Mathura ó Madhura, que es también el nombre de una ciudad en el Norte, en el país de los Kuru. Al mismo tiempo se edificaron otras ciudades contra los habitantes indígenas, hasta donde llegaron los reyes de Cola y de Cera, ya como amigos, ya con propósitos hostiles.

Aquella gente adoraba divinidades brahmánicas que llevó allí su lengua, el *vada mozhi* del Norte, siguiendo las huellas de Rama hasta Ra-

mesvaram, cuya ciudad fundó. Su principal divinidad fué y es aún hoy el dios Siva y la esposa de éste, Parvati, á los cuales se erigieron después templos imponentes en el llamado estilo dravítico, como las pagodas budhistas y yainistas y también como las construcciones de Ceilán, con sus innumerables pisos, siendo un ejemplo brillante y célebre de época mas moderna el templo de Tanyora.

En estos templos ocupaba el sitio del relicario la figura de un toro, símbolo del dios Siva, siendo completamente diferentes de un templo antiquísimo cortado en la peña y dedicado á Siva con el símbolo de Nandi, situado en el Oeste. Sin embargo, se desarrolló la construcción moderna utilizando la antigua, lo que constituye un hecho interesante. Las leyendas sólo hablan de reyes y caudillos, sin que se pueda fijar época determinada. Hablan de una residencia antigua de los reyes de Cola, llamada Variur, á orillas del Kaveri, y de otra residencia más moderna llamada Kanci. También hablan de guerras y de alianzas que estos reyes tenían con los de Madhura, hasta que un pandya llamado Varaguna venció á aquéllos definitivamente. Las leyendas citan unos veinte sucesores de aquel rey vencedor hasta Vanássekhará, que reinó al principio de nuestra Era.

Pasemos por alto los dominios de los Andhra y Vidarbha y atravesando en dirección Noroeste los montes Windias llegamos al dominio de los Malava, en cuya capital Uyyayini (Ozene) residía, como hemos visto, un lugarteniente, gobernador ó virrey, de los reyes mauryas, que vivían en Pataliputra. Después se enlaza la historia de Malava y de su capital con la del Noroeste y Norte y con las conquistas y la historia de los soberanos extranjeros que extendieron su dominio hasta allí.

Volviendo á Cachemira y á su Crónica, resulta que todo es un mito poético, desde la desecación del valle por Casiapa, el fundador divino de este imperio, hasta el primero, segundo y tercer Gonarda, lo que abarca un período de doce á trece siglos. Después del tercer Gonarda, es decir, desde el comienzo del tiempo histórico en el concepto indio religioso, ó sea del tiempo de las guerras de los Pandu y los Kuru hasta un Yudishtira posterior, se citan muchísimos reyes, ya por sus nombres, ya sin ellos, cuyos reinados abarcan un período de mil, ó mejor dicho, de ochocientos años, á los cuales siguen seis reyes

hasta la subida de Asoca, el rey maurya, al cual sucedió en Cachemira, según sabemos, su hijo Jaloca, que resistió enérgicamente á las invasiones de los reyes greco-bactrianos.

Con esto volvemos á la época del dominio extranjero que se extendió también sobre el reino de Cachemira, y corresponde ahora hablar de otros invasores de la India, ya del tiempo de los soberanos greco-bactrianos ó posteriormente á ellos, cuya memoria se conserva en sus monedas y otros monumentos escritos.

Hermayo fué el último rey greco-bactriano en la India, según está admitido; pero antes de él, en el reinado de Menandro, existieron otros reyes, cuyas monedas presentan el sello griego sin exceptuar la escritura, si bien sus nombres no tienen nada de griegos, como sucede con uno llamado Ranyabala ó Ranyubula, que pasa por ser el más antiguo de estos monarcas y á quien las monedas representan con un carácter completamente oriental. A éste sigue con mucha probabilidad su hijo Azes, del cual existe gran número de monedas. Hay otras de Azilises, que reinó simultáneamente con él, quizás en calidad de co-regente, y que continuó reinando después del primero. A éste sigue Vonones, Spalirises, luego Spalahores (Spalahara), Spalires (Spalagadama), todos nombres que al parecer significan hermano y por extensión virrey, gobernador, etcétera. Las inscripciones los llaman escitas, si bien sus nombres indican origen parto. Estos llegaron á la India atravesando la cordillera, y fundaron, por el año 100 antes de nuestra Era, su dominio fuera del dominio griego al Este del Indo.

Existió también, desde el año 50 antes de nuestra Era hasta el año 50 de la Era cristiana, otra serie de reyes que se titulaban igualmente reyes de la India y eran calificados de escitas, pero que evidentemente eran reyes partos, como lo indican sus nombres. Entre ellos aparecen dos Arsaces, siendo el segundo quizás Orodes I. Viene luego Pacoro, luego un Gondofares ó Indofares, precedido quizás por un rey Zeionises y algunos otros; después reinó el sobrino de Gondofares, llamado Abdagases, seguido sucesivamente por un rey llamado Ortagnes y éste por Sandabares. Los últimos no eran arsácidas y tienen cierta analogía entre sí, siendo algunos de ellos hasta coetáneos. De una inscripción se infiere que Gondofares reinó cuando menos veintiséis años, y además resulta ser éste el rey al cual

fué enviado, según una leyenda, Santo Tomás el apóstol, para servirle de arquitecto y predicarle el Evangelio, lo que indica relaciones con el Occidente lejano. En las monedas aparece el busto de este rey con barba y con símbolos griegos é inscripción, ya griega, ya arya. Según la inscripción mencionada, esculpida en una piedra, la capital de este rey era Peshavar, en el país de Gandhara, de suerte que no fué su capital Herat como antes se creía. A pesar de esto no se sabe hasta dónde llegó su imperio, ni su duración. Después de este soberano aparecen los reyes indo-escitas, de raza turca, sin duda hordas salvajes del Norte que se abalanzaron en número siempre creciente y en diferentes épocas, pasando por el Hindokush y el Belurtag, á la India, donde se posesionaron de aldeas y ciudades, mataron á los reyes y se establecieron como dueños del país, tan castigado ya por conquistadores extranjeros y por las demás calamidades y cambios de soberanos. Para esto sólo tenemos las relaciones chinas y las monedas encontradas.

La emigración de los escitas empezó por el año 165. Entonces invadieron la Sogdiana y desde este país la Bactriana. Sirviendo á los partos de soldados mercenarios, se hicieron luego dueños del poder, destronaron y entronizaron reyes, asolaron el país y le dominaron completamente cuando ya estaba arruinado. Estos escitas son descritos como tribus nómadas; hombres montados en veloces caballos, endurecidos por la intemperie, infatigables, feroces y valientes, y además aptos para cambiar las costumbres de un país, ocupándolo con sus familias y ganados. Así se establecieron, según los autores chinos, en el país entre el Yaxartes y el Oxo, cuyo país se repartió entre cinco hordas, cada una con una capital ó campamento principal, donde residían sus jefes. Uno de éstos, llamado Kieu-tsieu-kio, sometió, cien años después, á las otras cuatro hordas, conquistó los reinos de los reyes Pota y Kipin, y finalmente subyugó también la India. Desde este tiempo se hicieron poderosos estos pueblos.

El primer Kadphizes aparece en sus monedas, tanto por el busto como por la inscripción, cual sucesor de los griegos, primero como co-regente y luego como monarca independiente en territorio indio. Era, según la tradición, un gran capitán y conquistador poderoso y tuvo un largo reinado. Sus dominios abarcaban al parecer gran parte del Punjab y probablemente

del Cabulistan. En sus bustos lleva traje turanio, la gorra elevada y el gabán largo, y en las mismas monedas se ven la figura de Hércules y otros símbolos griegos. Una inscripción de sus monedas le llama todavía, quizás únicamente por imitación, «constante en la ley», es decir, firme en la religión budhista que dominaba en el país.

Este primer Kadphizes tuvo por sucesor á Kadaphes, al cual sucedió otro Kadphizes, que en sus monedas lleva el título de «rey de reyes, soberano del mundo entero, de la tribu del Salvador». No se sabe hasta ahora lo que autorizó á este rey á darse tan soberbio título, ni tampoco se sabe con exactitud cuándo reinó.

Viene luego una dinastía turca, sobre la cual nos informan monedas é inscripciones, siendo el primer rey Canishka ó como se llama en indio Canerki, que empezó su reinado en el noveno año á contar desde el año 78 de nuestra Era. Sucedióle Huvishka, llamado también Ooerki, que reinó aproximadamente desde el año 111 hasta 129. A éste sucedió Bazodeo, en indio Vasudeva, desde 122 hasta 176.

La Era de Canishka llamóse también Era de Saka, ó sea del escita, si bien los escitas se llaman turcos ó turanios, y como turanio le representan sus monedas, ya en busto, ya en figura entera, de pie, con barba larga, gorra alta, gabán ó bata larga de grandes pliegues, apoyándose con la mano izquierda en una lanza delante de un altar. Además de varias figuras de divinidades y otros símbolos, caracteriza á las monedas turcas ó turanias un símbolo semejante á una llave, que se encuentra también en construcciones anteriores. El idioma de las inscripciones es griego, y después le substituyó el turanio, pero escrito con caracteres griegos. El gran número de estas monedas y de los lugares distantes en que se han encontrado, puede servir para juzgar del gran poder de estos reyes, y en efecto: fué más dilatado el dominio de Canishka que el de ninguno de sus predecesores fuera y dentro de la India, pues abarcaba, según dice Hiuén-Thsang, todo el Norte en Cachemira, Gandhara y el Cabulistan en el Oeste, en el Sur los países del Sindh hasta más allá de Guzerat, y en el Este todo ó la mayor parte de Madhyadesa con Canyakubja (Canaj), hasta más allá del monte Buitre de Radyagriha. Como todos los soberanos asiáticos, cambiaba de residencia, siendo las principales Purushapur

(Peshavar), Kanekpur, en Cachemira, y otras ciudades, cuyas ruinas atestiguan todavía la grandeza y la fuerza del poder indo-escita.

Lo más notable es (y lo confirman los monumentos) que este soberano no era adepto del budhismo, antes bien, su adversario, como lo prueban sus monedas, de las cuales muchas representan divinidades diversas, mientras otras confirman las leyendas que refieren la conversión del soberano turanio al budhismo, cual otro Asoca.

Este rey hizo construir una *stupa* imponente de cinco pisos con cúpula dorada, según se dice, la *stupa* más alta de la India, en el punto donde, según una antigua promesa, le fué revelada la fe y se convirtió. Esta *stupa* ha desaparecido, pero todavía existe otro monumento, el tope de Manikyala, entre el Indo y el Hidaspes, medio arruinado, que fué construido por un gobernador del mencionado rey, siendo interesantísimos y de mayor importancia histórica los hallazgos de reliquias, vasijas, cajitas, cilindros con inscripciones, sortijas, y sobre todo, medallas y monedas.

Este mismo rey construyó también muchos y magníficos conventos, en los cuales alojó temporalmente á los príncipes que se le enviaron en calidad de rehenes, y el peregrino chino, repetidas veces mencionado, vió todavía algunos de estos conventos habitados por gran número de monjes.

En vista de tales obras, el reinado de este soberano pierde hasta cierto punto el carácter de extranjero, y aparece en realidad como otro Asoca. Además se le debió la reunión de un cuarto sínodo ó concilio, es decir, el tercero para los budhistas del Norte, que no reconocen el concilio de Pataliputra. Convocólo el rey, convertido y afligido por la disordia entre las sectas y excitado por su consejero espiritual el venerable Parsva ó Parsvica, para fijar la sagrada tradición. A su invitación acudieron monjes de todas partes y en gran número, pero sólo se escogieron quinientos menos uno, los más virtuosos y sabios. Este concilio se reunió en Cachemira en un convento llamado Cuvana, cerca de Yalandhara. Presidió el concilio Vasumitra, el gran venerable de su tiempo. Se declararon canónicos, según la tradición más segura de los budhistas del Norte, los libros de disciplina ó de las reglas, la Abhidarma, ó sea la ley fundamental de la metafísica más elevada, y

las Sutas, ó aforismos y sentencias para la enseñanza proclamados por el mismo Budha. Pero esto no interesa más que á la historia y literatura eclesiásticas de la religión budhista, por cuya razón no nos detendremos en su exposición. A medida que la asamblea fijó estos diferentes trabajos, los hizo escribir el rey sobre cuero rojo, depositando después los escritos en una *stupa*, y haciendo propagar la doctrina por todos los países.

Este sínodo, que se celebró por los años 100 á 110, fué el último, y señala el fin de una Era del budhismo y el principio de otra en la que esta religión, gracias al poder del soberano, no sólo se propagó por grandes países vecinos de la India, sino que se desarrolló interiormente. Como la India adquirió desde aquel momento mayor importancia política además de su importancia religiosa y la de su civilización, el reinado de Canishka fué como el punto de partida de una nueva era histórica de la India.

Desde Canishka hasta Viksamaditoa.

Al aprender los indios el arte de la escritura, los budhistas del Norte y del Sur habían fijado por escrito sus tradiciones, lo cual constituye su historia. Los brahmanes continuaron transmitiéndose verbalmente sus tradiciones, pero también se sirvieron del arte de escribir para conservar grabados en piedra ó bronce los documentos que más les interesaban, como donaciones, transmisiones y otros. El descubrimiento y estudio de estos documentos, de las leyendas antiguas y demás material escrito, ha dado muchísima luz y cada día dará más, porque puede decirse que estas investigaciones están todavía comenzando.

Por las monedas y otras inscripciones se sabe que á Canishka ó Kanrki sucedió Huvishka ú Oerki, y á éste, en parte, como co-regente, Bazodeo ó Vasudeva. Así lo confirman inscripciones de Mathura. El nombre de Vasudeva está estrechamente enlazado con la teogonía brahmánica y las monedas de Oerki, y también las de Kanerki representan ya ó por lo menos recuerdan la trinidad brahmánica, Brahma, Vishnu y Siva, con la figura de tres cabezas y seis brazos que representan los genios creador, conservador y destructor. Estas imágenes se encuentran en los templos subterráneos, abiertos en la peña viva, de Ellora y Elefanta.

Los reyes turcos ó turanios que se mencionan después de Bazodeo presentan en sus monedas el tipo sasánida. Al cabo de un siglo quedó quebrantado el poder de los turanios, ó sea de los turcos ó escitas, en la India, teniendo que replegarse cada vez más hacia el país de donde habían salido, es decir, á las altas montañas del Norte, y en la India al Oeste y al Sur ó sea al Penjab y de allí hasta Guzerat, en cuyos territorios se hallan todavía hoy establecidos descendientes de los escitas mezclados con los aborígenes de la India, pueblos montañeses acorralados sucesivamente en las montañas. Estos pueblos, llamados *gat* ó *jat*, á los cuales pertenecen también las tribus nómadas de los sikhs, son diferentes en religión, idiomas y costumbres, de los pueblos de la raza arya, y también contrarios á los brahmanes. Las familias de los radyas ó radyaputas, ó sea los descendientes de familias reales que después fundaron en el Sur reinos independientes, pasan también por mestizos y por descendientes de familias cruzadas con escitas.

Muchas ruinas señalan el camino de los invasores turanios, y sobre estas ruinas construyeron después los mahometanos sus castillos, palacios y mezquitas, que hoy también son ya ruinas y demuestran las magnificencias pasadas, cuya descripción no pertenece á este lugar, pues que aquí solamente hablamos de la historia de la India antigua.

Muchas leyendas tratan de la inmigración ó invasión de los jefes escitas y de sus hordas en Surashtra ó Guzerat, y otras hablan de la liberación del dominio extranjero, siendo uno de los héroes celebrados en estas leyendas un rey de Uyyayini (Ozene), en Malava, llamado Vikramaditya, á quien ya hemos tenido ocasión de mencionar. Otro héroe fué Salivahana, adversario del anterior y no menos celebrado en las leyendas, que sucumbió luchando con el primero, y desde cuyo nacimiento se cuenta también la Era escita. Pero si son abundantes las leyendas en sus relatos sorprendentes de estos héroes, no ofrecen ningún dato que pueda aprovecharse para la historia.

En la cara occidental de la peña de Girnar, en Iunagadh, en cuya cara septentrional hay una inscripción de Scandagupta, y en la oriental donde se hallan las inscripciones de Asoca, se encuentra una inscripción de Rudradaman, que refiere las obras de este rey, para pro-

teger al país contra las inundaciones del río Palasini. Otra inscripción que se halla en medio de otras cuatro de predecesores y sucesores de Rudradaman, glorificando á éste, existe en una columna en Jasdán. Los nombres de los otros cuatro reyes son Cashana, Jayadaman, Rudrasinha y Rudrasena. La inscripción data del año 127 de la Era de estos reyes.

Se han llamado reyes Sahas, Sahs ó Sinhas á estos reyes, sátrapas ó virreyes, de los cuales tenemos inscripciones y monedas, y que son muchos que aquí no podemos citar. Eran ó se titulaban por lo menos sátrapas de los Maurya y de sus sucesores. Empiezan con un Nahapana, predecesor, único ó no, de Cashana y de los hijos y nietos de éste. El último de la serie, el vigésimo sexto, fué Svami-Rudrasena. Reinaron en número redondo trescientos años desde el principio de la Era Saka ó escita hasta el año 284 de la misma Era, extendiéndose su dominio en el tiempo de su mayor poder, que fué en el reinado de Rudradaman, según dice su inscripción, desde la península de Guzerat, con Surashtra y Malava (Avanti) al Norte, hasta el país de los sauviras, ó sea hasta el curso medio del Indo, y al Sur hasta el mar.

Por preciosas que resulten para la historia estas inscripciones y monedas, no son suficientes para ilustrarnos en el caso presente, porque nada nos dicen sobre el principio de este gran imperio sátrapa, ni de su derrota por los Gultas, que se efectuó, según la leyenda, por los reyes del país comprendido entre el Yamuna y el Ganges. El rey que les quitó su poder de sátrapas ó virreyes independientes fué Cumaragupta, al cual sucedió su hijo Scandagupta, cuya inscripción es la que se halla en la cara septentrional de la peña de Girnar.

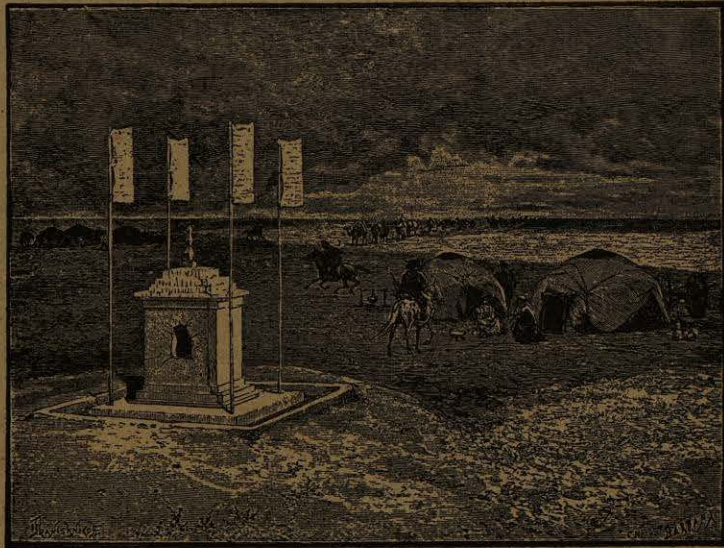
Una inscripción de la columna de Asoca en Allahabad enumera los predecesores de estos reyes Gultas, siendo el primero de esta dinastía el llamado Sri-Gupta, ó sea el Excelso, que procediendo de la clase media supo hacerse soberano, siendo su residencia Allahabad ó Ayodhya. Su reino se hallaba al Este del río desde el año 319. Reinó quince años y le siguió su hijo Ghatotkaca, en cuyas monedas se ha querido ver una alusión al hijo de Brima del poema épico. Se le llama «aniquilador de reyes», y probablemente extendió las fronteras de sus dominios por el lado Oeste hasta el Indo. Reinó también quince años y le siguió su hijo Chandragupta, del

cual se ha descubierto una inscripción en la *stupa* de Sanchi, cerca de Bhilsa. También se han encontrado monedas con el busto de este rey, según las cuales se extendió su imperio hasta Malava, y fué favorable á los budhistas. Reinó aproximadamente treinta años y le sucedió su hijo Samudragupta, cuya fama, magnificencia y poder excedieron mucho á los de su padre. Refiérese al mismo rey la gran inscripción de la columna de los leones de Allahabad, que es uno de los documentos históricos más extensos y mayores que referentes á la India se poseen; porque relata los nombres de los reyes destituidos por Samudragupta, y de otros que éste hizo tributarios, y describe además el ámbito y los

límites de sus Estados; de todo lo cual se desprende que su dominio directo comprendía casi toda la cuenca del Ganges, es decir, el dominio de la raza arya. Además eran vasallos suyos los reyes de los países del Norte, del Punjab y de Malava. Los reyes al Sur de las montañas de Windia estaban bajo su protección y al Este llegaba su dominio hasta el mar. Ciertamente habrá en esta inscripción, hecha después de la muerte del rey, muchas exageraciones, pero también debe de haber mucha verdad en el fondo. Se le alaba al mismo tiempo por su carácter elevado y noble, como protector de las ciencias y artes, de la música y poesía, que cultivó personalmente.

Sus monedas, que son muchas y se encuentran en diversos lugares muy distantes entre sí, le representan por un lado como héroe esforzado y por otro tocando el arpa. Reinó también aproximadamente treinta años y le sucedió su hijo Chandragupta, que reinó unos diez años, al cual sucedió su hijo Cumaragupta, que á juzgar por las monedas y según la tradición, ocupó el trono veintitrés años, es decir, hasta el año 130 poco más ó menos del reinado de esta dinastía. Siguió al anterior su hijo Scandragupta, el séptimo y último de esta gloriosa dinastía, citándose junto con él á un Budhagupta. Después de él se citan Mahendragupta, quizás co-regente

ó sucesor suyo en una parte del imperio, y Narayanagupta. Un monolito de Cuhan, en el distrito de Gorakhpur, en la parte Noroeste de la India, dice que el imperio de Scandragupta, en



Tumba de un lama budhista en el desierto de Mongolia.

cuya sala del trono centenares de reyes se inclinaban humildes y obedientes, fué arrebatado á la familia de los Guptas en el año 141, que es el año 470 de la Era cristiana.

La tradición habla de reyes que se hicieron independientes de los Guptas en muchos puntos, tanto en el Sur como en el Norte, y cita un vástago de antigua prosapia, cuyos antecesores se habían establecido en época remota á orillas del Ganges, y uno de ellos, un Sakia pandu, se había sentado en el trono de los Maurya, en Pataliputra. Lo que resulta cierto de todo ello, es que un general de Scandragupta llamado Bhataraca, de la familia Ballabhi ó Valabhi, se hizo independiente en Guzerat y fué fundador de la dinastía Valabhi, cuyo comienzo podemos colocar en el año 480 de nuestra Era.

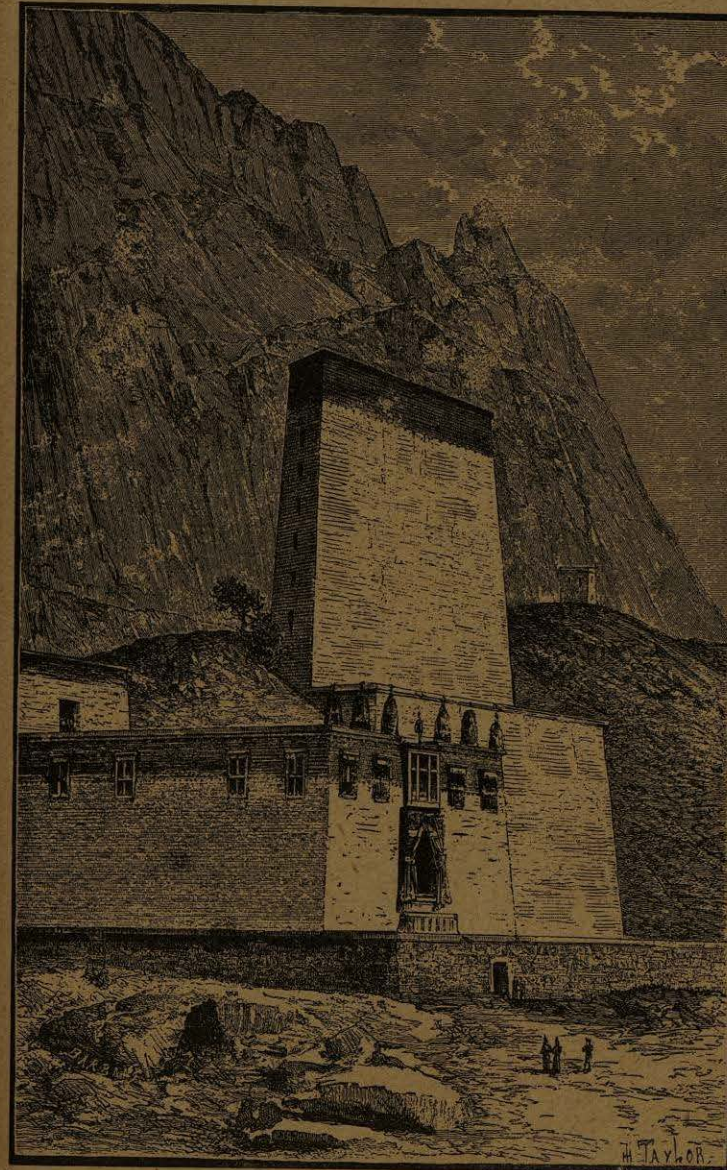
La Crónica real de Cachemira dice que á su rey Damodhara siguieron los turanios. Al rey Meghavahana siguió otro llamado Sreshtasena ó Pravarasena, cuyos dos hijos Hiranya y Toramana le sucedieron, y durante algún tiempo estuvo vacante el trono de Cachemira, hasta que el magnífico Harsha Vikramaditya envió á uno de sus brahmanes, llamado Watrigupta, que fué proclamado rey. Dejando aparte listas de reyes inseguras y que nada enseñan, diremos, sacándolo de una historia del budhismo, que después de Vrishabha siguió un siglo du-

rante el cual se edificaron y se reedificaron santuarios, y que luego, bajo el cetro de otro rey Tishya, se introdujeron otra vez doctrinas falsas, discordias y cismas, sucediéndose luego algunos reinados cortos hasta Abhayanaga y hasta Mahasena, con el cual concluye la crónica relativamente más moderna. Otra crónica nos cita á un rey Meghavarna, al cual siguió Upatishya, seguido á su vez por Mahanaman, en cuyo reinado vivió Budhagoshya y visitó el chino Fa-Hian la isla de Ceilán.

favor de monjes brahmánicos y budhistas y que suministran algunos datos seguros sobre la época y sucesión de los primeros reyes de Surashtra ó de Valabhi. A Bhataraca ó Bataraca sucedieron sus cuatro hijos Dharasena, Dronasena, Dhruvasena y Dharapata. El segundo de éstos se tituló ya «rey de reyes», y con este título fué coronado. Habían extendido estos soberanos su poder sobre toda la península y gran parte de las costas del continente hasta más allá de Malava. El reinado del tercero de estos her-

manos cae con toda seguridad hacia el año 534. Al menor de los cuatro sucedió su hijo Guhasena, que hizo donación á los monjes budhistas y á sus conventos de aldeas enteras, sucedióle su hijo Sri Dharasena, segundo de este nombre, cuyo reinado llegó con seguridad al año 595 y su hijo Siladitya ó Dharmaditya, cuyo reinado entra ya en el siglo VII.

No es necesario continuar la lista de estos reyes. En el reinado de Dhruvasena (632-640), sobrino de Dharmaditya, llegó á la India el peregrino chino Hiuen-Thsang (627-645), que visitó también el reino de Valabhi en el Oeste, y refiere en la relación de su viaje maravillas de las riquezas del país y de sus numerosos habitantes, de los muchos conventos con miles de monjes, budhistas, pero también de otras sectas, como monjes yainas. También refiere la multitud de columnas, *stupas* magníficas, etc. Los reyes—dice el mismo au-



Monasterio budhista en el Tibet.

tor—eran todos chatryas, todos parientes del rey Siladitya de Malava; y el yerno del rey Siladitya de Canyakubja (Canac) se llamaba T'u-lu-p'o-po-tu (Dhruvabhata).

Dice el mismo viajero que el rey era piadoso, sabio, virtuoso y liberalísimo, y que volvía á comprar sus limosnas pagando por ellas precio doble.

Tenemos, pues, la relación de un hombre que vió las personas y el país en aquel tiempo con sus propios ojos. Para concluir, mencionaremos al gran poeta y héroe Vikramaditya con su brillantísima corte, cuyo reinado cae sobre los años 510-560.

Hemos hablado de la historia y desarrollo de la civilización brahmánica y de la historia de la civilización budhista; hemos mencionado sus diferentes escuelas, su multiplicación y sus ampliaciones y visto el desarrollo y la ampliación hasta la aparición del Budha y aun más allá, de las escuelas brahmánicas, trabajando para dar remate á su ciencia sagrada. No cabe duda que los brahmanes aprendieron de los budhistas y fueron estimulados por ellos, como lo prueban sus sistemas, sus especulaciones y sus ejercicios devotos, etc. También hemos visto que los budhistas se sirvieron para propagar sus doctrinas de los idiomas populares, como hizo Asoca en sus inscripciones, y que los monjes, además de enseñar en sus escuelas la lógica y la gramática, empezaron á ocuparse en el estudio científico de su lengua sagrada.

Siempre han sido las especulaciones y estudios escolásticos, así como todas las ciencias de horizonte rigurosamente limitado, contrarias y hostiles á las creaciones de las artes libres y esto sucedió también bajo el dominio brahmánico. Los brahmanes conservaron con más cuidado y solicitud que nadie su literatura antigua, pero durante siglos no produjeron nada nuevo y hubieron de pasar por el yugo del dominio extranjero para volver á desplegar las alas de su ingenio. Llegó esto después del reinado relativamente corto pero brillante de los Gupta, cuyas monedas son las primeras que presentan sus inscripciones en lengua sánscrita, y desde entonces emprendió el espíritu brahmánico un nuevo vuelo.

En la corte del rey Vikramaditya de Uyyayini brillaron los llamados «nueve perlas de ingenio» entre ellos Dhanvantari, médico célebrimo, Amarasinha, célebre lingüista y lexicógrafo, Varahamihira, astrónomo y arquitecto, y el gran poeta Calidasa, autor de *Sakuntala*.

CAPÍTULO VII

La cultura india.

La Cosmogonía.—La moral.—Literatura y lenguas. Los poemas.—Artes y ciencias.

La Cosmogonía.

Según la antigua ciencia de los indios, nuestro globo está dividido en cuatro grandes islas ó montañas, situadas en los puntos cardinales en torno del monte Merú. Lo cercan siete montes de oro y siete mares agitados, y alrededor de él giran los demás mundos y el sol. Este, habitado por un adorador de Budha, á quien sus méritos colocaron en tan alto puesto, es de figura cúbica; cinco torbellinos de viento lo impelen, sin pararse nunca, en torno de los cuatro continentes: uno lo sostiene para impedir que caiga, otro refrena su velocidad, el tercero lo guía, el cuarto lo tira hacia atrás, el quinto lo impele adelante; y de todo esto proviene la rotación.

A la mitad del Merú principian los siete cielos de los deseos, cuyos habitantes, superiores al hombre, están no obstante sujetos á multiplicarse por medio del deleite; pero este deleite consiste en una mirada, en una sonrisa. En cuanto se sube allí todo se purifica: al llegar al cuarto escalón ya no tienen poder los sentidos; al llegar al quinto se transforman los placeres sensuales en goces del entendimiento y aun cuando subsista todavía el amor al placer, éste se halla ya limpio de toda mezcla terrestre.

Sobre el mundo de los deseos está el mundo de las formas, cuyos habitantes no aspiran ya al placer, aunque se hallan sujetos á las condiciones de la existencia material, el color y la figura. En el mundo de las formas se distinguen diez y ocho llanuras una sobre otra, cada una de mayor perfección moral é intelectual, adquirida por los cuatro grados de la contemplación.

Tal es el mundo del hombre, ó mundo de la paciencia, que á pesar de todo no figura más que como un punto infinitesimal en el diluvio de mundos acumulado por la imaginación india; y como para medirlos no bastaba la aritmética ordinaria, hubo necesidad de buscar una aritmética especial, cuya sublimidad solo penetró Budha, el cual la explica en diez grandes números cuando quiere dar idea de su naturaleza inagotable y sin límites, de los puros méritos que adornan á los budhas ó santos, de los períodos

de existencia de los budistanas ó inteligencias modificadas, del océano de votos que éstos hacen por la felicidad de los mortales, y del encadenamiento de las leyes que constituyen el desarrollo infinito de los mundos.

El primero de estos diez grandes números es el *asankia* (innumerable) de cien cuatrillones multiplicados por sí mismos. El cuadrado de este *asankia* produce el segundo de los diez números, á saber, la unidad seguida de sesenta y ocho ceros; y se continúa de este modo, tomando siempre el cuadrado, hasta el décimo, llamado «indéciblemente indecible», que debería expresarse agregando á la unidad cuatro millones cuatrocientos cincuenta y seis mil y cuatrocientos cuarenta y ocho ceros. ¡Tanto se ha fatigado la imaginación para aproximarse á la idea de lo infinito!

Pero ¿qué mundo debía ser el que se constituyese con el auxilio de aritmética semejante? Véase aquí su bosquejo. Ya hemos dicho de cuántas llanuras, habitadas todas por innumerables seres, constaba el mundo del hombre. Según los budhistas, se necesitarían hasta mil millones de estos mundos para formar un universo; cien quintillones de estos universos forman una llanura y veinte de estas llanuras un grupo de mundos; de los cuales el más inferior se apoya en una flor de loto; símbolo de esa ciencia, que tiene por base la nada.

Esta flor no es sola; pues existen miríadas de miríadas, y cada una sirve de punto de apoyo á un sistema de universos de la misma clase. Después este loto flota en un mar perfumado, que forma parte de una tierra de otro sistema, más desmesurado aún que el anterior.

Se aplica después al tiempo lo que se verifica en el espacio. El tiempo está dividido en *calpas* y cada *calpa* en cuatro épocas. En la primera se modela y coordina el mundo, y habitan los seres la región de las formas; pero á medida que adelanta el tiempo, se disminuye en sus manifestaciones la virtud de Budha, y descienden los seres al mundo de los deseos. Allí, no bien han gustado de una fuente dulce como la miel y la leche, se despierta en ellos la sensibilidad; y ésta, en extremo delicada al principio, se irrita cuando después de haber comido un manjar más grosero, se desarrollan los distintos sexos y las disposiciones violentas y apasionadas, quedando las criaturas sómetidas á la esclavitud de los sentidos. Aquí se suspende la decadencia, para

comenzar de nuevo después de un corto intervalo; y huracanes, incendios, cataclismos, anuncian la destrucción del universo, diluvio de males que invade primero una llanura y luego otra; hasta que corrompiéndose cada vez más las costumbres, un inmenso incendio acaba en siete días con todas las condiciones perversas, esto es, con los animales, los hombres y los malos genios. Entonces el vacío ocupa el puesto que antes llenaba el mundo y no hay ya día ni sol, sino tinieblas por todas partes.

Los habitantes de las llanuras superiores, adonde no llegan estas catástrofes, viven mucho más que uno de estos *calpas*; y hay uno cuya vida es igual á la de ochenta mil *calpas*.

En diferentes grados de esta serie de siglos y de mundos, aparecen los budhas, manifestaciones especiales de la substancia absoluta, de la que todo emana, y que al terminarse cada edad, vienen á presidir la que principia y á restablecer las doctrinas, y poner nuevamente á los hombres en el camino recto.

La moral.

El mérito de la moral del budhismo es relevante. Esta moral conservó y proclamó las doctrinas primitivas de un solo Dios y de la igualdad de los hombres ante él. Sus cinco mandamientos principales son: «No matar á ningún ser viviente, desde el insecto al hombre. No hurtar. No cometer adulterio. No mentir. No beber vino ni otros licores que produzcan embriaguez.» Los pecados capitales están divididos en tres categorías: en la primera, se comprenden el homicidio, el hurto, el adulterio; en la segunda, la mentira, la riña, el odio y las palabras ociosas; en la tercera, el deseo immoderado, la envidia, la idolatría. El imperio sobre los sentidos, la humildad, la mortificación, la caridad se predicaban con tiernos y penetrantes acentos, mucho antes que lo hiciera el cristianismo. Budha recomienda eficazmente la limosna. «Si esos seres ó monjes, conociesen el fruto de la limosna como yo, se reducirían á lo puramente necesario, al último pedazo de carne, y ni siquiera éste tomarían sin haberlo antes partido con alguno. Y si encontraran personas acreedoras á sus limosnas, no subsistiría en su espíritu el pensamiento de egoísmo que pudiera haber nacido en él. Pero como esos seres ó monjes no conocen como yo el fruto de las limosnas, comen con un sentimiento